

La viuda negra

Gabriela Villalobos

A mi primer esposo fue al que quise más. Aunque haya sido hace casi una década, recuerdo el día que nos conocimos como si fuera ayer. Fue el día de mi graduación universitaria, mientras mis amigas y yo celebrábamos en un antro. La idea de no tener que estudiar más ni tener que preocuparnos por exámenes por fin había llegado. En ese entonces yo vivía con Claudia Riviello y teníamos tan sólo veintidós años. Durante una discusión de quién compraría la siguiente ronda de bebidas, nos interrumpió el para preguntarme la hora.

—¿Oiga, que no ve que estamos en medio de una conversación muy importante?

—Ay, perdón, ¿me dejan comprarles unas bebidas por haber sido tan inoportuno?

Obvio fue que era simplemente una excusa para hablar conmigo, pero funcionó de maravilla. Se llamaba Ricardo Sáenz y era el hombre más bello que jamás había visto hasta entonces: era alto, con la piel oscura, ojos esmeralda alegres y sonrisa cautivadora. Nos casamos tan sólo tres semanas después de esa noche. Claudia me advirtió que sería a un error, que me conocía bien y que me cansaría de él tan pronto regresáramos de la luna de miel. Vaya si tuvo razón.

Los primeros dos meses de nuestro matrimonio fueron maravillosos; juro que si las cosas se hubieran quedado de esa manera aún estaríamos juntos. Como apenas me había graduado de la universidad, todavía no conseguía trabajo. Incluso, Ricardo me dijo que no sería necesario. Él con su sueldo de arquitecto en una compañía bastante prestigiosa más que bastaba para sostenemos. Yo pasaba mis días decorando nuestro pequeño apartamento y esperaba ansiosamente que él saliera del trabajo. Ya llegando a casa degustábamos una cena que yo había preparado con mucho cariño y luego jugábamos o veíamos películas. Ese Ricardo se aventaba en *Yahtzee* jamás encontré la manera de vencerlo. Toda era tranquilo y feliz. Los fines de semana salíamos a cenar a restaurantes que encontrábamos en *Zagat*. De vez en cuando salíamos con amigos, pero nunca hubo mejor compañía que la de ambos. Vivíamos en un mundo tan perfecto que yo lo creía indestructible; eso fue hasta que él lo derrumbó.

Lo que nos derrotó fueron sus malditos celos. No salieron a la luz hasta después del segundo mes que estuvimos casados. El cumpleaños de Claudia era el 14 de septiembre y quería salir con un grupo de amigas para celebrar.

—Es que no entiendo por qué no puedo ir yo; y si no puedo ir yo, creo que tampoco debes ir tu.

Claramente me dijo que estaba en desacuerdo que saliera, así es que mejor no fui. Las cosas se pusieron tan mal, que hasta se me hacía imposible salir con mi familia. Era sofocante su comportamiento. Eso de conseguir trabajo para escapar un rato ni se diga, “¡Primero muerto antes que mi mujer trabaje!” Y las cosas continuaron empeorando los meses siguientes. Para noviembre ya no lo soportaba más. Necesitaba salir de esta pesadilla. Cómo me arrepentí de no haberle hecho caso a las palabras de Claudia. No entendía cómo Ricardo había cambiado tan drásticamente; la transición de paraíso a infierno en nuestra relación hasta este día es bastante borrosa. Lo que sí era claro para mí en ese día lluvioso era que las cosas no podían seguir así. Tendría que ponerle un alto a esta situación que había derrotado nuestra felicidad y mi cordura. Así es que el 28 de noviembre de 1998 envenené a mi primer esposo, Ricardo Sáenz. Murió en sus sueños esa noche. Causa oficial de muerte: ataque cardíaco. Jamás sentí lástima ni rencor, porque yo bien sabía que el hombre que asesiné no era el mismo con el que me había casado. Era un desconocido que tenía como meta hacerme la vida imposible. El dinero que me quedó del seguro de vida de Ricardo bastaba para viajar sin tener que trabajar por unos cuantos meses.

A mi segundo esposo lo conocí en febrero de 1999 mientras visitaba a mi madre en California. A mi madre le fascina la ópera y durante mi estancia fuimos a ver *Madame Butterfly* en el teatro local. Ahí fue donde conocí a David Gutiérrez, un abogado guapísimo de treintaicuatro años que asistía al espectáculo con su papá. Durante el primer intermedio salí por un poco de aire al balcón del teatro. Ahí estaba fumando David e instantáneamente me atrajo. Aunque no fumaba, le pedí un cigarrillo simplemente para iniciar una conversación. Me enamoré. Me mudé a California cinco meses después y nos casamos al año de conocernos.

David era completamente opuesto a Ricardo. Le fascinaba viajar y salir a diario. Comencé a trabajar en un museo en cuanto me mudé a California. No ganaba mucho dinero pero era un trabajo tranquilo que me fascinaba. Lo mejor de todo era que a David no le molestaba que yo trabajara. Raro era que David y yo estuviéramos en casa. Íbamos a cenar a diario y salíamos de vacaciones por lo menos cada tres meses. David tenía muy buen gusto, de lo cual yo me beneficiaba. Estuvimos casados por cuatro años. Juro que pude haber estado con él una vida entera, si no hubiera sido por sus infidelidades.

Creo que David empezó a serme infiel después de tres años de casados. Salía de viaje de negocios más a menudo que al principio. Solía llegar a casa más tarde entre más tiempo pasaba. Las salidas a cenar a diario habían terminado. Esperaba su llamada cada noche como a eso de las siete.

—Nena, qué crees, este caso en el que estoy trabajando es un poco más complicado de lo que me esperaba. No voy a llegar a casa hasta tarde. No me esperes, que no sé a qué hora saldré de este maldito lugar. Un beso.

No sabía qué hacer. Mi madre me decía que tuviera paciencia, que David era un abogado importante y que tenía que trabajar duro para sostener nuestro estilo de vida. Pero yo bien sabía que él tenía a otra; una mujer siempre sabe cuando un hombre le es infiel. Ese tercer año no salimos de viaje juntos ni una vez y David rara vez estaba en casa. Yo me pasaba la mayoría del tiempo sola, con la esperanza de que David decidiera regresar a casa temprano. Pero nunca lo hizo. La soledad me enloquecía. Ese año intenté hasta lo imposible para reconquistar a mi marido. Lo esperaba arreglada por las noches pero me quedaba dormida antes de que él llegara. Un par de veces lo sorprendí en su oficina con almuerzo, pero a él eso no

le impresionaba nada.

—Fabiola, ya te dije que no vengas sin avisarme. Tu bien sabes que mi trabajo es demasiado estresante para estos jueguitos.

Lo que yo bien sabía era que David ya no era para mí. Lo que no sabía era con qué vieja me había reemplazado. Y la verdad era que ni quería saber. Sabía exactamente lo que tenía que hacer para resolver mi problema. David tenía que pagar por haber derrumbado nuestro matrimonio, por haber destrozado mi corazón. Nuestro aniversario de bodas de cuatro años pronto llegaría, así es que planeé un crucero para celebrar. Sabía que David no podía negarme este viaje por el solo hecho de ser nuestro aniversario. Abordé un crucero de la línea *Princess Cruises* y por el Océano Pacífico celebramos nuestros cuatro años de matrimonio el 21 de febrero de 2004. Al día siguiente, mi marido desapareció misteriosamente de la embarcación. Jamás se encontró su cuerpo ni se supo cómo fue que desapareció. Lo único que se supo fue que ambos estábamos bastante tomaditos la noche que él desapareció.

Seguí trabajando en ese museo después de la muerte de David. Vendí el condominio que compartíamos pues se me hacía demasiado grande para una mujer soltera. Nunca extrañé a David y rara vez volví a pensar en él. Para ese entonces estaba acostumbrada a la soledad y los dos siguientes años los pasé sola. Mi vida era tranquila en California. No fue hasta un día de abril en el año 2006 que conocí al hombre que hoy es mi marido. Estaba haciendo compras en *Whole Foods* cuando lo vi en línea en la caja número ocho. ¡Vaya si era el hombre más bello que jamás había visto! Para iniciar una conversación con él, le pedí coquetamente la hora. Nuestra conversación nos llevó a un café cercano donde platicamos por horas. Fuimos inseparables desde ese día. Nos casamos siete meses después de ese día de abril.

Su nombre es Carlos Fierro y él es un chef de un restaurante local bastante popular. Definitivamente es el más normal de mis tres esposos y estoy segura que vamos a estar juntos una eternidad. Incluso, estoy a punto de compartir con él la buena noticia de que vamos a ser padres. Es verdad que él dijo que no quería tener hijos, pero estoy segura que cuando vea mi entusiasmo va a cambiar. Cuando nazca nuestro pequeño tesoro me perdonará por haber mentido y no tomar anticonceptivos. Bien, si no le gusta la idea no veo ningún inconveniente en ser una madre soltera. Al fin y al cabo, yo nunca conocí a mi padre y creo ser una mujer bastante normal.☀

Obras citadas

Barrios, Alba Lía. “Ese negro fantasmal de Palés Matos.” *INTI* 29-30 (1989). 65-78.

Forastieri-Braschi, Eduardo. “Nigra sum sed formosa: una interpolación del “Cantar de los Cantares” en la poesía del último Palés Matos.” *Confluencia* 9.2 (1994). 26-32.

Hijazo-Gascón, Alberto. “Las metáforas conceptuales como estrategias comunicativas y de aprendizaje: Una aplicación didáctica de la lingüística cognitiva.” *Hispania* 94.1 (2011). 142-154.

Moulin, Sylvie. “El bongó del Caribe: Apuntes sobre los poemas negros de Luis Palés Matos.” *Confluencia* 3.1 (1987). 105-111.

Real Academia Española. N.p., n.d. Web. 30 Mar. 2014.